

El libro y la hermandad





El libro y la hermandad



IRIS MURDOCH

Traducción del inglés a cargo de

Jon Bilbao

Postfacio de

Rodrigo Fresán



IMPEDIMENTA



Título original: *The Book and the Brotherhood*

Primera edición en Impedimenta: febrero de 2016

Copyright © Iris Murdoch, 1987

Copyright de la traducción © Jon Bilbao, 2016

Copyright del postfacio © Rodrigo Fresán, 2016

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez y Juan Marqués

ISBN: 978-84-16542-33-8

Depósito Legal: M-5378-2016

IBIC: FA

Impresión: Artes Gráficas Cofás S. A.

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Diana Avebury

PRIMERA PARTE
MEDIADOS DE VERANO

— ¡Ha venido David Crimond! ¡Y lleva puesto un *kilt*!

— Dios mío, ¿David Crimond? ¿Dónde está?

— En aquel puesto o carpa o como quiera que se llame eso. Está con Lily Boyne.

El anuncio de la llegada provino de Gulliver Ashe; la respuesta, de Conrad Lomas. Gulliver era un polifacético joven inglés sin empleo que debía de andar rondando la treintena, pero que se mostraba intencionadamente poco concreto respecto a su edad. Conrad, un joven estudiante americano más alto que Gulliver (al que ya se consideraba alto), era todavía más atractivo. Hasta entonces Gulliver no conocía en persona a Conrad, pero había oído hablar de él, y el comentario que tanta excitación había despertado iba dirigido tanto a Conrad como a su pareja, Tamar Hernshaw. Todos ellos se encontraban en el muy esperado baile conmemorativo de Oxford. Aunque serían alrededor de las once de la noche, no había oscurecido, ni, de hecho, llegaría a hacerlo por completo, pues estaban aún a mediados de verano. Sobre las carpas iluminadas, de las que manaban diferentes músicas, un cielo azul oscuro mostraba ya unas pocas estrellas amarillas y astilladas. Una luna inmensa, con aspecto de poderse desmenuzar igual que un queso, se ocultaba, baja todavía, entre los árboles más allá del río Cherwell, que bordeaba parte de los terrenos del *college*. Tamar y Conrad acababan de

llegar; de hecho, ni siquiera habían bailado aún. Gulliver se había dirigido a ellos con cierta confianza porque conocía, aunque no demasiado, a Tamar, y sabía quién era su pareja. En realidad, encontrarse con Tamar había molestado a Gulliver, pues, si no se hubiera rajado en el último momento, era la madre de Tamar, Violet, quien iba a ser su acompañante en aquella importante noche. A decir verdad, a Gulliver no le gustaba demasiado Violet, pero había accedido a ser su pareja para complacer a Gerard Hernshaw, al que siempre estaba dispuesto a complacer, incluso a obedecer. Gerard, considerablemente mayor que Gulliver, era el tío de Tamar, o «tío», dado que en realidad no era hermano de Violet, sino su primo. La hermana de Gerard, Patricia, que iba a ser a su vez la pareja de Jenkin Riderhood, tampoco había aparecido, pero tenía un buen motivo (a diferencia de Violet, que por lo visto no tenía ninguno), puesto que el padre de Gerard, enfermo desde hacía tiempo, había empeorado de repente. Pese a que a Gulliver le había halagado que Gerard le pidiese que acompañara a Violet al baile, también le había molestado que lo hubiera emparejado precisamente con ella, ya que de ese modo parecía relegarle a la generación de los mayores. A Gulliver no le habría importado ser pareja de Tamar, aunque no le caía muy bien. Delgada, pálida y con cierto aire de colegiala, le parecía demasiado tímida y estirada. Aunque delicada y con apariencia desvalida, le faltaba estilo. Se peinaba el cabello, corto y liso, de una manera algo infantil, con la raya a un lado. Su blanco vestido virginal era de lo más aburrido. Gull, que no siempre estaba seguro de que le gustaran las chicas, las prefería más lanzadas y dispuestas a llevar la iniciativa. En cualquier caso, nunca había llegado a considerar en serio la posibilidad de ser pareja de Tamar, pues resultaba obvio que ella acudiría al baile con su nuevo amigo, el inteligente y joven estadounidense que le había presentado su primo, Leonard Fairfax. Cuando Gerard le pidió disculpas por la deserción de Violet, le dijo que seguramente se las «apañaría sin problemas para pillar otra chica», pero de momento tal opción no parecía posible, pues sus respectivas parejas no las dejaban ni a sol ni a sombra. Tal vez más tarde, a medida que los chicos se fueran emborrachando, la situación cambiase. Gulliver llevaba un rato deambulando bajo el crepúsculo cálido y azul con la esperanza de encontrarse con alguien conocido, pero la de Tamar fue la primera

cara familiar con la que se topó, y verla le causó más contrariedad que placer. También estaba algo molesto porque, después de una prolongada reflexión, no se había puesto su camisa azul con chorreras, la que llevaban la mayoría de los jóvenes, y había elegido en su lugar el clásico atuendo blanco y negro que sabía que también sería la opción de Gerard, Jenkin y Duncan. Gulliver, que se consideraba a sí mismo un joven bien parecido, era alto, moreno y esbelto. Su cabello liso era de un negro brillante, y tenía una nariz fina y un poco ganchuda con la que se había visto obligado a reconciliarse después de que alguien la calificara de aguileña. Sus ojos, acuosos y sin mácula, eran de un tono castaño dorado y solían suscitar numerosos halagos. Le apetecía mucho bailar y hasta se habría enfadado con Gerard por haberlo estropeado todo si no hubiera sido porque este le había pagado la (muy cara) entrada al baile que, de ningún otro modo, él se habría podido costear. Mientras estos pensamientos se entremezclaban y entrechocaban en la mente de Gulliver, Conrad Lomas, después de farfullar una disculpa a Tamar, salía disparado como una flecha hacia la carpa donde le habían dicho que estaba David Crimond. Cruzó el césped a la carrera (tenía las piernas inusualmente largas) y desapareció, dejando a Gulliver y a Tamar solos. Tamar, sorprendida por lo repentino de aquella partida, no acertó a seguir a su chico. Esa podía ser la oportunidad perfecta para Gulliver, que llegó a preguntarse si debía apresurarse a pedirle a Tamar que bailara con él. No obstante, le asaltaron las dudas, pues era consciente de que si Tamar rehusaba a él no le quedaría más remedio que ofenderse. También le echaba para atrás la posibilidad de verse atrapado y no ser capaz de deshacerse de ella más tarde. En realidad, aunque no podía evitar protestar, había disfrutado deambulando a solas como un simple *voyeur*. Además, se le acababa de ocurrir la idea de volver a la habitación donde Gerard y los mayores seguían bebiendo champán y pedirle a Rose que bailara con él. Naturalmente, Rose «pertenece» a Gerard, pero a él no le importaría, y la perspectiva de colocar su brazo donde nunca había soñado que podría estar, en torno a la cintura de Rose Curtland, resultaba de lo más atractiva. Así que dejó pasar la idea de proponerle un baile a Tamar y, cuando ella ya se alejaba de él, le preguntó:

—¿No era ese Conrad Lomas? ¿Se puede saber qué le pasa?

—Está escribiendo una tesis sobre algo relacionado con el marxismo en Gran Bretaña —respondió Tamar.

—Entonces tendrá que leerse todo Crimond.

—Idolatra a Crimond —dijo Tamar—. Ha leído todo lo que ha escrito, pero no lo conoce personalmente. Quería que yo buscara a alguien que se lo presentara, pero me temo que no conseguí encontrar a nadie. Ni siquiera sabía que vendría.

—Yo tampoco —dijo Gulliver—. Ni ellos.

Tamar, con un vago gesto de despedida, se dirigió finalmente hacia la carpa donde había desaparecido Conrad. Gulliver, después de todo, decidió no volver con los demás. Quería deambular a solas un poco más. Aquel no era su *college*, ni Oxford su universidad. Había cursado la licenciatura en Londres y, pese a que miraba Oxford y los modos oxonienses con cierto distanciamiento burlón, esa noche estaba dispuesto a rendirse al encanto del entorno: los antiguos edificios iluminados, la torre pálida y exquisita, el verde intenso de los árboles, las tiendas a rayas como las de un ejército exótico y la peregrinante multitud de coloridos jóvenes que, ahora que se había tomado unas copas, ya no le provocaban ese incómodo sentimiento de envidia. Quizá lo más urgente fuera seguir bebiendo. Se encaminó hacia el claustro, donde podría conseguir algo de whisky. Estaba cansado del champán de Gerard.

Tamar se había percatado de que Gulliver había estado considerando la posibilidad de pedirle que bailara con él. Ella le habría rechazado, pero se sentía herida porque él no había llegado a preguntárselo. Se ciñó el chal de cachemira bordado, cruzándoselo sobre el pecho, y se lo subió para abrigarse el cuello. El día había sido despejado y caluroso, la noche era cálida, pero ahora corría una brisa ligera y Tamar, ya de por sí friolera, estaba helada. Su blanco vestido arrastraba, y ella se sentía como si el césped estuviera cubierto de rocío y la tela le estuviera traspasando su frío. Llegó a la pérgola, donde las luces se habían encendido ya y los bailarines conversaban en la pista durante uno de los descansos del grupo pop que amenizaba la velada. No vio a Conrad por ninguna parte, pero se fijó en un grupo de jóvenes, como un enjambre de abejas, que se apretujaba en un rincón desde donde peroraba una voz aguda con un leve acento escocés. A Tamar no le gustaba Crimond, le daba miedo, pero había tenido

muy pocas ocasiones de coincidir con él y, desde la pelea con Gerard y los demás, ninguna. No se le pasó por la cabeza acercarse al grupo de adoradores y reunirse con Conrad. Se sentó en una de las sillas que se habían dispuesto alrededor de la carpa y esperó. Lily Boyne, que según se rumoreaba estaba con Crimond, permanecía sentada sola, al otro lado de la carpa. Lily se había quitado una sandalia y, tras examinarla detenidamente, la olfateó. Tamar, que no quería hablar con ella, confió en que no la viera. Conocía a Lily Boyne, que era amiga, o algo parecido, de Rose Curtland y Jean Cambus, pero Lily tenía tal capacidad de hacer sentir incómoda a Tamar que su mera presencia la hacía estremecerse. Tan desagradable le resultaba que prefería no dedicarle ni uno solo de sus pensamientos. Así que, cuando escuchó el sonido de la fuerte música y las luces de la pista parpadearon de nuevo, salió de la carpa. El ritmo profundo y vibrante de la canción que estaba sonando en aquel momento le resultaba bastante molesto. Tenía muchas ganas de bailar.

Tamar estaba lista para enamorarse. Se puede planificar el enamoramiento. O, a lo mejor, lo que parece un plan determinado no es más que la anticipación excitada del inequívoco gesto compartido, postergado para hacerlo perfecto, en que las miradas y las manos se encuentran y las palabras dejan de ser útiles. Fue de esa manera, con ese ánimo, en ese estado de expectación, como Tamar se permitió anhelar esa noche. Y así había acabado con Conrad, que había estudiado en Cambridge y que regresaría pronto a Estados Unidos. Solo habían salido unas cuantas veces, y casi siempre en compañía de otras personas, pero, en la última ocasión, él la acompañó a casa y la besó apasionadamente. El primo de Tamar, Leonard Fairfax, que se había marchado a Estados Unidos para cursar sus estudios de Historia del Arte en Cornell, los había presentado por carta. El americano alto había acabado gustándole, e incluso había ido todavía más allá: había soñado con él, aunque hasta el momento no le había mostrado ningún indicio de sus sentimientos. Tamar tenía veinte años y estaba terminando su segundo año en Oxford, donde estudiaba Historia. Ya no era una niña, pero su timidez y su aspecto hacían que los demás, e incluso ella misma, la consideraran más joven, ingenua y algo inmadura. Había tenido dos relaciones, la primera motivada por el ansia y la segunda por la

compasión, de las que se arrepentía profundamente. Era una chica puritana y nunca se había enamorado.

Rose Curtland bailaba con Gerard Hernshaw. En la carpa en la que estaban sonaba música tranquila y algo pasada de moda: valsos, tangos y foxtrots lentos, intercalados con danzas escocesas para ocho bailarines, Gay Gordons y ambiguas gigas que podían bailarse al gusto de cada cual. Desde la lejanía, llegaba hasta ellos el sonido del famoso grupo pop. En otro puesto sonaba jazz y, en un tercero, música folclórica. Rose y Gerard, ambos buenos bailarines, podían con todo, pero aquella era una noche para la nostalgia. La orquesta del *college* estaba tocando Strauss. Rose apoyó la cabeza contra el negro hombro del traje de Gerard. Ella era alta, pero él lo era más aún. Eran una pareja atractiva. El rostro de Gerard, que en principio podría considerarse algo «tosco», había sido excelentemente calificado por su cuñado, el tratante de arte, como «cubista». Estaba compuesto por una serie de fuertes superficies dominantes, una estructura ósea imponente, una frente cuadrada y plana, y una nariz que parecía concluir en un plano truncado más que en un punto. Pero aquel severo conjunto de superficies matemáticas estaba animado y armonizado por la energía que irradiaba y que lo convertía en un rostro irónico y gracioso, cuya sonrisa se asemejaba con frecuencia a una mueca enloquecida y surrealista. Los ojos de Gerard eran de un azul metálico; el cabello rizado, castaño, quizá menos oscuro que en sus años jóvenes, pero todavía abundante y sin asomo de canas, pese a que ya había pasado de los cincuenta. La abundante melena de Rose era rubia y lisa, aunque en ocasiones se le encrespaba formando alrededor de su cabeza una suerte de aura. Últimamente, cuando se miraba al espejo, Rose se preguntaba si su pelo no estaría perdiendo su color, *todo a la vez*. Tenía los ojos azul oscuro y una nariz incuestionablemente encantadora, un poco *retroussé*. Aunque ya no era una niña, seguía conservando su buen tipo y llevaba un sencillo vestido de noche verde oscuro. El conspicuo aire de serenidad que siempre irradiaba Rose incomodaba a algunos y tranquilizaba a otros. A menudo, igual que en esa ocasión, en su cara se dibujaba una tenue sonrisa, aunque sus pensamientos, que se entremezclaban, no eran en modo alguno felices. Bailar con Gerard representaba un epítome de la felicidad. ¡Ojalá fuera capaz, en el momento presente,

de experimentar la sensación de eternidad de la que él hablaba a veces! Debería sentirse feliz por el mero hecho de tener alrededor de su cintura el firme brazo de Gerard, que la guiaba de una manera suave pero autoritaria. Ella llevaba esperando esa noche con ilusión desde que Gerard anunció los planes que tenía para sus amigos. Fue él quien consiguió que asistieran Tamar y Conrad. Pero ahora que lo que ella tanto había deseado por fin había llegado, se entregaba con complacencia a una terca actitud ausente. Agrandó un poco la sonrisa y suspiró.

—Sé en qué estás pensando —dijo Gerard.

—Sí.

—En Sinclair.

—Sí.

Rose no estaba pensando en Sinclair, pero pensar en él estaba tan profundamente ligado a pensar en Gerard que no tuvo reparo en asentir. Sinclair era el hermano de Rose, «el niño bonito», muerto hacía ya mucho tiempo. Ella había estado pensando en él antes, esa misma noche precisamente, cuando llegaron al *college* y recordó el lejano día de verano en que fue a ese mismo lugar a visitar a su hermano, que entonces estaba terminando su primer año de estudios, y este le dijo: «Mira, aquel es Gerard Hershaw». Rose, un poco más joven que Sinclair, iba todavía al colegio. Las últimas cartas de Sinclair habían estado plagadas de menciones a Gerard, que era dos años mayor que él. A partir de dichas cartas, Rose infirió que Sinclair estaba enamorado de Gerard. Pero fue aquel día en Oxford cuando se dio cuenta de que Gerard también estaba enamorado de Sinclair. No había problema, estaba bien. Lo que no estuvo tan bien fue que, de inmediato, Rose también se enamorara de Gerard, y que continuara, al cabo de todos aquellos años, perdida y profundamente enamorada de él. La insólita aventura que tuvo con Gerard menos de dos años después de la temprana muerte de Sinclair era algo de lo que nunca hablaban. De algún modo se habían sometido a una extraña disciplina por la que no se permitían ni siquiera pensar en ello como uno piensa en los sucesos del pasado, reelaborándolos, restaurándolos, aireándolos y exponiéndolos al cambio. Se trataba de algo que yacía en la memoria como un paquete sellado que a veces tanteaban con gran cuidado pero que nunca, ni juntos ni por separado, concebían abrir. Rose había tenido

otros amantes, pero fueron sombras fugaces; había recibido varias propuestas de matrimonio, pero ninguna le interesó. Ahora, al sentir que la presión de la mano de Gerard sobre la suya aumentaba un poco, se preguntó si él estaba pensando también en *eso*. No alzó la mirada, pero apartó la cabeza de su hombro, donde había estado reposando brevemente. Cuando Sinclair dejó Oxford, él y Gerard se fueron a vivir juntos. Gerard trabajaba como periodista y Sinclair continuaba con sus estudios de Biología a la vez que ayudaba a Gerard a fundar una revista de izquierdas. Después de que el planeador de Sinclair se estrellara contra aquella colina en Sussex, y tras el muy breve interludio onírico con Rose, Gerard abandonó el activismo de izquierdas e ingresó en la administración pública. En aquella época vivió con varios hombres, entre los que se contaron sus amigos de Oxford Duncan Cambus, que por aquel entonces estaba en Londres, y Robin Topglass, el genetista, hijo del ornitólogo. Más tarde Robin se casó con una chica francocanadiense y se fue a Canadá. Duncan se casó con Jean Kowitz, una amiga del colegio de Rose, y se incorporó al servicio diplomático. Marcus Field, que seguramente nunca fue uno de los amantes de Gerard, se convirtió en monje benedictino. Gerard siempre había tenido muchos amigos íntimos, como Jenkin Riderhood, con el que no mantenía relaciones sexuales, pero en los últimos años parecía haber tomado la determinación de vivir solo. Naturalmente, Rose nunca preguntaba al respecto. De hecho, había dejado de preocuparse por los hombres. Eran las mujeres las que la asustaban.

El vals había concluido y ellos estaban en pie con la actitud satisfecha, relajada y un tanto flácida de las personas que han parado de bailar repentinamente. Rose dijo:

—Me alegro mucho de que Tamar haya conocido por fin a un buen chico.

—Espero que le eche el lazo y no lo deje escapar.

—No me la imagino tomando la iniciativa. Tendrá que ser él quien le eche el lazo a ella.

—Tamar es muy dulce —dijo Gerard—, muy simple, en el mejor de los sentidos, y muy cándida. Espero que ese chico se dé cuenta de lo especial que es.

—Tal vez le parezca algo sosa...

—¡Imposible! —exclamó Gerard, casi indignado—. Pobre chica, siempre en busca de un padre...

—¿Qué quieres decir? ¿Que ella prefiere un hombre mayor?

—¡No quiero decir nada tan banal!

—La verdad es que, teniendo en cuenta su pasado —dijo Rose—, nos ha impresionado a todos. Impresionado positivamente, claro.

—Sí, ha logrado salir indemne de ese desastre, cosa que en principio parecía increíble.

—La hija ilegítima de una hija ilegítima.

—Detesto esa terminología.

—Imagino que la gente sigue pensando en esos términos.

La madre de Tamar, Violet, que nunca se había casado, era hija de Benjamin Hershaw, el lamentable hermano menor del padre de Gerard. Benjamin, que tampoco había llegado a casarse, había abandonado a la madre de Violet. Tamar, a su vez, era fruto de una aventura con un escandinavo de paso, un romance tan breve que Violet, que afirmaba haber olvidado su nombre, nunca estuvo del todo segura de si era sueco, danés o noruego. Según contaban las malas lenguas, Tamar solo sobrevivió porque Violet no pudo permitirse pagar el aborto. El encantador desamparo de Tamar, su cabello pardusco y sus grandes y tristes ojos grises no permitían especular nada acerca de sus raíces. Violet adoptó el apellido Hershaw por propia iniciativa y se lo dio a Tamar. La «desastrosa vida» de Violet, que Patricia, e incluso Gerard, seguían de cerca con sumo recelo, prosiguió durante la infancia de Tamar, pero sin incidentes comparables a este.

—Violet era muy atractiva —dijo Rose—. Sigue siéndolo.

Gerard no respondió. Miró su reloj. Llevaba el atuendo blanco y negro que Gulliver Ashe deploraba, y que le sentaba tan bien.

«Cada vez que una mujer se le acerca, me invaden los celos —pensó Rose—. ¡Hasta tengo celos de la pobre Tamar, a la que tanto quiero!» A veces se le pasaba por la cabeza: «He desperdiciado mi vida con este hombre. He esperado, aunque sabía que no podía esperar nada. Él ha tomado mucho y me ha dado muy poco a cambio». Y a continuación: «¡Qué desagradecida soy! Me ha dado su amor, que tantísimo aprecio... Me ama y me necesita, ¿no es suficiente? Aunque solo me vea como a una

especie de hermana ideal. En cualquier caso, ahora que se ha retirado de la administración pública, que habla de escribir, de empezar una nueva etapa de su vida, de perfeccionarse o algo así, también podría darle por hacer una locura y que le empezaran a gustar las mujeres... ¡Y tal vez se le ocurra acudir a mí como fuente de consejo!». Luego descartaba todo lo anterior con un: «¡Qué bobada! Después de todo, ¿no he sido feliz?».

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Rose.

—Nada bien..., pero tampoco está agonizando. Por supuesto, no hay ninguna esperanza, es solo una cuestión de tiempo.

—Lo lamento mucho. ¿A Patricia no le pareció que era una crisis?

—No. Lo cierto es que ha empeorado y no conseguimos que la enfermera se quedara. A Pat se le da muy bien cuidarlo, tiene la paciencia de un ángel.

Rose había visto poco al padre de Gerard los últimos años. Él vivía en Bristol, en la casa de Clifton donde nació Gerard. Solo recientemente, después de enfermar, se había trasladado a la casa de su hijo en Londres. Cuando estaban juntos, Gerard no podía evitar sentir cierta incomodidad. El padre de Gerard siempre quiso que este se casara con Rose. De igual modo que el padre de Rose siempre quiso que Sinclair se casara con Jean Kowitz. Si el hermano de Rose hubiera sobrevivido habría heredado el título. Tal como fueron las cosas, el título fue a parar a los Curtland de Yorkshire (primos segundos, los abuelos habían sido hermanos), que también heredarían la casa de Rose cuando ella falleciera. «No dejaremos descendencia —pensó Rose—. Todos aquellos planes familiares acabarán frustrados. ¡Desapareceremos sin dejar huella!»

—Espero que Patricia y Gideon no tengan intención de instalarse en el apartamento que preparaste para tu padre en la planta de arriba.

—No. Su contrato de alquiler ha vencido. Están buscando casa.

—¿A ver si es verdad! ¿Cuándo vuelve Gideon de Nueva York?

El marido de Patricia, Gideon Fairfax, tratante de arte y mago de las finanzas, pasaba mucho tiempo en esa ciudad últimamente.

—La semana que viene.

—Me contaste que estaban intentando echarte y quedarse con toda la casa.

—Bueno, Pat no deja de repetir que no necesito tanto espacio.